El Madrid de la República

José Esteban Gonzalo
Editor y ensayista

El Madrid republicano

El Madrid republicano, el segundo Madrid republicano (el primero vivió y murió en 1873), nació el 14 de abril de 1931, aproximadamente a las cuatro de la tarde, hora en que se izó la bandera tricolor en el balcón principal de su Ayuntamiento.

Miguel Maura había encargado la confección de una gran bandera republicana (rojo, amarillo y morado) que no fue necesaria. Trifón Gómez, elegido concejal, apareció con la tricolor bajo el brazo. Era de la Casa del Pueblo, y fue ondeada minutos antes de que la misma enseña se izara en el balcón del Ministerio de la Gobernación, en plena Puerta del Sol, por el Gobierno Provisional. El traspaso de los poderes a los nuevos ediles se hizo sobre las cinco horas y cuarenta minutos. El alcalde saliente, Ruiz Jiménez, entregó a Andrés Saborit los documentos presidenciales y el bastón de mando. Minutos antes, el ya citado Trifón Gómez, asomado al balcón y ante una multitud, gritó: «¡Madrileños! ¡Viva España! ¡Viva la República!». La Corporación Municipal eligió alcalde por unanimidad a don Pedro Rico, concejal electo por el distrito de Buenavista, en terna completada por don Fernando de los Ríos y Miguel Maura. Abogado madrileño, hombre vital y simpático, y bastante gordo, don Pedro Rico era un activo republicano desde su juventud. Los madrileños no dieron ninguna tregua al nuevo regidor. El mismo día de su toma de posesión, los intelectuales le enviaron un escrito pidiendo la apertura de la Casa de Campo. Cinco días después, Indalecio Prieto, como ministro de Hacienda, firmó el acta de entrega de la Casa de Campo y el Parque del Moro al pueblo de Madrid, que hasta esta fecha habían sido posesión real.

La situación en que la monarquía deja a Madrid es catastrófica. Cincuenta mil niños madrileños están sin escolarizar, y a este problema dedicará sus primeros esfuerzos el alcalde republicano. El Madrid que recibe con tanto entusiasmo a la República no deja de ser un Madrid galdosiano, de pequeños comerciantes, sobre todo de alimentación, que necesitan poco capital para establecerse y que son fruto más de una situación caótica que de verdadera prosperidad. Abundan también los bares y tabernas, que aumentan a mayor ritmo que el verdadero crecimiento

demográfico. A esto habría que añadir un número indeterminado de vendedores ambulantes o semiambulantes, que ejercen el comercio de una manera harto desaprensiva. Pero el Madrid que hereda la República es una ciudad en paro. El primer ayuntamiento republicano llegó a colocar a más de diez mil trabajadores en obras de jardinería, limpieza y arreglo de calles. Fue una de sus primeras preocupaciones: el 27 de abril de 1931 daba ya trabajo a 1.600 jardineros. Nadie sabía a ciencia cierta de dónde procedía tanto obrero sin trabajo. Era un mal endémico de Madrid, agravado siempre por la emigración de jornaleros de las cercanías que abandonaban las penosas labores del campo.

«Fue en las calles de Madrid, donde la monarquía constitucional creada y mantenida por el liberalismo español del siglo XIX, se allanó ante su enemigo histórico: el republicanismo», escribió el historiador Raymond Carr, y quizá por ello la República no se olvidó de Madrid. Durante los largos años de la Monarquía, la capital del reino se había llenado de aparatosos y costosos deberes, pero era impensable que pudiera reclamar «derechos para realizar su función de capital de España», escribió el periódico *El Sol*. Pero con la llegada de la República, en cambio, se piensa que «la exaltación de la idea de capitalidad es indispensable para el funcionamiento nacional del régimen, para la prosperidad y armonía de la nación entera». Por ello, tanto por iniciativa de Manuel Azaña como de Indalecio Prieto, se concede a Madrid, como capital de la República, una asignación de 80 millones para invertir en diez años.

Porque España –escribió Azaña– necesita a Madrid, y por ello, ante las Cortes defiende una Ley de Capitalidad y vuelve a una de sus viejas ideas:

> Si Madrid no existiera sería preciso inventar –digámoslo así– la capital federal de la República española, ya que Madrid es centro [...] donde vienen a concentrarse todos los sentimientos de la Nación, donde surgen y rebotan a todos los ámbitos de la Península las ideas, saturadas y depuradas por la vida madrileña en todos sus aspectos.

Azaña, cuya opinión comparten muchos de los miembros de su generación, desea «que Madrid responda a su nombre de capital de la República y elevarlo a aquella grandeza que queremos dar a la República española».

No se trata de crear una nueva idea de Madrid, diferente a la que desde siempre se había venido gestando, sino que al declararlo su capital política hay que hacer un modelo de la España republicana. Así, Madrid se convierte, por primera vez en su historia, en cuestión de Estado, y es Azaña, presidente del Gobierno, y no su primer alcalde republicano, Pedro Rico, quien vence los obstáculos para sacar adelante la Ley de Capitalidad; y también es Azaña quien declara a Madrid «como interés nacional y representación de la República». Madrid, pues, deja de ser, desde 1931, esa creación artificial de Felipe II.

La República concibe así a Madrid como capital federal. Y no es que la República sea federal, sino que necesita, aunque no lo sea, una capital federal, y Azaña es consciente de que hay que sacar a Madrid de la pobretería y garbancerismo de su Ayuntamiento y ponerlo bajo las manos directas del Estado, y es éste, el Estado, el que debe hacer todo lo posible por ese «Gran Madrid» del futuro. Y por eso, el presidente de la República encarga a uno de sus ministros el proyecto de varias obras, entre las que destaca la prolongación de la Castellana para instalar allí sus nuevos ministerios. Es lo que dio en llamarse el Plan Prieto para la capital de España. Estas grandes realizaciones se basan en las ideas de una serie de arquitectos madrileños que el historiador Carlos Flores llamó la Generación de 1925. Nacidos a finales del XIX y principios del XX, se co-

rresponden con la Generación de 1917 en literatura, y citaremos entre otros a Rafael Bergamín, Casto Fernández Shaw, Manuel Sánchez Arcas, Luis Lacasa, Fernando García Mercadal y Carlos Arniches. De entre todos ellos, quizá García Mercadal fue el promotor de una nueva arquitectura o, mejor dicho, de un nuevo concepto de la arquitectura. Gracias a sus gestiones se organizó en la Residencia de Estudiantes un ciclo de conferencias en que intervinieron Le Corbusier, Gropius, Theo van Doesburg, Mendelsonh, etc. También por su iniciativa, *La Gaceta Literaria* dedicó un número especial, en 1928, a la arquitectura moderna, donde se sientan los principios y la necesidad de una construcción más moderna para Madrid.

Al lado de este grupo generacional, no podemos olvidar a otro arquitecto algo mayor que trabajó en sus proyectos con parecidos principios y que estaba llamado a ser uno de los hombres clave en el urbanismo y la arquitectura del Madrid republicano: Secundino Zuazo (1887-1970). A él se debe el Palacio de la Música, en la Gran Vía, ya en 1926. Inicia allí un tratamiento del ladrillo que sería muy característico de toda su obra posterior y, sobre todo, de la famosa Casa de las Flores, en el barrio de Argüelles, y que Neruda inmortalizó en uno de sus poemas de *España en el corazón*. Pues bien, Secundino Zuazo se convierte en el asesor del Gobierno republicano. En 1932 se entrevista con Azaña y quedan fijados los proyectos de expansión de la capital. Luego, al lado de Indalecio Prieto, ministro de Obras Públicas, iniciará sus ambiciosos proyectos. Se pone así en marcha la apertura de la Castellana; se plantea la ubicación de los Nuevos Ministerios y se organizan los planes económicos para solventar, por medio de las obras públicas, el acuciante paro obrero madrileño.

Cuarenta días –escribe Azaña– tardó en construirse el nuevo trazado del paseo de la Castellana, que llevaba veinte años enredado en la «pobreza proyectista y en la nulidad verbalista de ayuntamientos y gobiernos». El presidente Azaña estaba muy interesado en dar celeridad a este proyecto del «Gran Madrid», a fin de que un posible cambio electoral no pudiera ya modificarlo. De ambos, Azaña y Prieto, procede el nuevo Madrid, el intento de sacar a la capital del patio de Cibeles y el corredor de la calle de Alcalá y prolongarlo hacia el norte, zona «por donde Madrid avanza, por donde Madrid se desarrolla». Así, el 14 de abril de 1933, se inaugura el nuevo tramo de la Castellana y se pone la primera piedra de los Nuevos Ministerios. Para vislumbrar la magnitud del sueño –escribió Santos Juliá–, bastará dejar que resuenen los ecos de esta fascinación por el norte, perceptibles en el decreto «creando la Comisión encargada de estudiar el proyecto de enlace ferroviario». Madrid, se dice allí, podría adquirir

> amplitudes maravillosas, quedando casi de anexos suyos ciudades tan sugestivas como Toledo, Ávila, Segovia, Alcalá de Henares y Guadalajara... y, sobre todo, la Sierra de Guadarrama, cuyas laderas y cimas, ansiadas para el reposo, la salud y el recreo, no son ahora asequibles a las clases humildes.

Este «Gran Madrid» terminó con la salida de Prieto del Ministerio de Obras Públicas a la llegada del llamado *bienio negro*. A su vez, Secundino Zuazo, su principal ejecutor, es apartado por intrigas de su cargo de asesor y director del proyecto. Asimismo, en la Gran Vía, Martínez Feduchi y Eced levantaban un edificio, hoy ya emblemático: el *Cine Capitol*, con un vistoso y elegante chaflán de terrazas voladas, y algo más abajo, también en la popular calle madrileña, Fernández Shaw elevaba la sólida fortaleza del *Coliseum*. Por otro lado, en El Viso, los arquitectos Bergamín y Blanco Soler nos legarán algunas interesantes muestras de la arquitectura racionalista madrileña.

Pero quizá la realización más interesante, como conjunto arquitectónico, fue la Ciudad Universitaria. Iniciada ya en 1927, casi en su totalidad fue realizada durante la República. Una junta presidida por Alcalá Zamora, pero en realidad promovida y dirigida por su secretario Juan Negrín, dirigió su construcción. Fue una desgracia que, destruida casi en su totalidad en el dramático cerco franquista a Madrid, hayamos perdido esa muestra de la expresión del espíritu más moderno de la arquitectura madrileña. En ella trabajaron Sánchez Arcas (Pabellón de Gobierno, Hospital Clínico), Miguel de los Santos (Escuela de Estomatología, Facultades de Medicina y Ciencias), Agustín Aguirre (Facultad de Farmacia), Luis Lacasa (Residencia de Estudiantes), Pascual Bravo (Escuela de Arquitectura), Blanco Soler y Bergamín (Fundación Amp). Hubo también un pequeño edificio de servicios, llamado Central Térmica, de Sánchez Arcas, en 1933, considerado por los estudiosos como muestra de la más auténtica vanguardia de cuantos edificios fueron construidos en la Ciudad Universitaria.

Entre tanto, la vida cultural madrileña vive momentos brillantes. Tres generaciones apasionantes, la de 1998, la de 1914 y la inicial de 1927, conviven, crean, escriben y pintan. El poeta José Moreno Villa, que vive en una de esas pujantes y significativas creaciones culturales del siglo, la Residencia de Estudiantes, recordará, añorante, años después:

> Sé que en este momento Juan Echevarría está pintando su enésimo retrato de Baroja, que Ortega prepara su clase de filosofía, que Menéndez Pidal redacta su libro *La España del Cid*, que Arniches ensaya un sainete, que Manuel Machado entra y sale de la Biblioteca del Ayuntamiento, que Antonio conversa con Juan de Mairena, que *Azorín* desmenuza la carne de un clásico, que don Pío del Río Hortega está sobre el microscopio, que Juan Ramón Jiménez discurre algún modo de atrincherarse en el silencio, que don M. Bartolomé Cossío corrige pruebas de mil cosas, que Benavente fuma su interminable puro, que Ramón y Cajal estudia las hormigas, que Américo Castro lucha a brazo partido con Santa Teresa, que Zubiri, que Gaos, que Navarro Tomás, que García Lorca, que Valle-Inclán... ¿para qué seguir? La nómina es realmente impresionante.

Eran cosas que sucedían diariamente en aquel Madrid que pronto iba a convertirse, por acción y gracia de todos ellos, en republicano.

Con la llegada del nuevo régimen y su nueva visión de los problemas culturales, las editoriales, sobre todo en Madrid, crecen y proliferan. Al amparo de la libertad de publicación, los grupos políticos inician también sus propias actividades editoriales. Pero la iniciativa que tuvo verdadero alcance popular fue la creación de la Primera Feria del Libro de Madrid, en 1933, y que hoy, a más de setenta años, goza de buena salud. Esta primera feria recogía una larga tradición madrileña de sacar los libros a la calle. Es sabido que en las ferias de San Mateo y San Miguel, establecidas por Juan II en 1477, ya se vendían libros, lo mismo que en otras ferias españolas, según dice Lope de Vega en las *Ferias de Madrid*. Asimismo, hacia finales del siglo XVIII, *El Ropavejero Literario de Madrid* destacaba la importancia que tenían las ferias para la vida cultural de la época, en las que se veían libros nuevos y usados. Pero fue la creación de esta Feria del Libro de Madrid de 1933 la que concretó e hizo realidad ante el público español la pujanza de una industria editorial en pleno desarrollo. Instalada en el paseo de Recoletos, se celebró del 23 al 29 de abril de dicho año, contando con veinte casetas. Fue inaugurada por el presidente Azaña, y se intentó un acercamiento entre escritores y público. Así, pronunciaron conferencias Ramón J. Sender y José Díaz Fernández. Se organizaron conciertos y un festival de teatro español, se representó *Un pregón de Sevilla*, entremés de los hermanos Quintero, y se dio lectura a la entrada

en Madrid de *La Gitanilla* cervantina. También se proyectó una película sobre la exposición del libro español en Buenos Aires. Se vendieron libros por un importe neto de 43.399, 50 pesetas, destacando la compra hecha por el Ministerio de Instrucción Pública con destino a la biblioteca de su Secretaría Técnica. Se celebraron cuatro ferias del libro, que, como tantas otras cosas, se llevó el levantamiento franquista; pero en sus cuatro años de existencia, la novedad de su planteamiento, sus logros y éxitos, el hecho de sacar los libros a la calle contribuyeron a hacer de Madrid la capital de la cultura en la época republicana.

Pero hay mucho más. En aquel Madrid rebosante de poetas, nacieron las más importantes publicaciones literarias españolas de todos los tiempos. Debemos citar *Caballo verde para la poesía*, que dirigió en Madrid Pablo Neruda y que estuvo al cuidado de Manuel Altolaguirre. Su primer número apareció en octubre de 1935 y el último conocido fue el cuarto, de enero de 1936. Existió, según su director, un número doble, 5 y 6, que, totalmente impreso, se quedó para siempre en la imprenta madrileña de Manuel Altolaguirre y nunca se logró rescatar un solo ejemplar. *Héroe (1932-1933)*, revista también de Manuel Altolaguirre, debe ser considerada como una más de las muchas que fundó y publicó la Generación del 27 (llamada también por Bergamín la «Generación de la República». De todas ellas, hay que destacar *Cruz y Raya* (1933-1936), dirigida e ideada por José Bergamín. Sobre lo que significó en aquellos cruciales años, nos lo explicó así su director:

> Las revistas nacen y mueren de verdad si están o estuvieron verdaderamente vivas; no pueden revivir ni resucitar. *Cruz y Raya* al morir con su número treinta y nueve, podríamos decir que murió joven, muy joven. Su personalidad guarda para nosotros –suponemos que para cualquier lector que repase sus páginas– ese aspecto y acento juvenil. En la primavera de 1933 las ciudades y los campos de España tenían ese aire, ese acento, ese aspecto de juventud. La vida social y política española se ofrecía a los ojos violentamente sacudida por ese alentar de la esperanza. La vida pública en aquella fecha era, quiérase o no, republicana [...]. *Cruz y Raya* nacía en aquella República, identificándonos con ella, con su íntima lucha y agonía. Por esto, el primer Sí de la revista fue para la República misma; fue decir Sí a aquella vida republicana naciente. Y al mismo tiempo, en consecuente decisión, decir No a quienes la negaban y combatían para destruirla.

Subtitulada *Revista de afirmación y negación*, muere en la misma fecha que muere el Madrid republicano, en julio de 1936.

La vida periodística crece y se desarrolla en aquel Madrid como hasta entonces nunca lo había hecho. En una ciudad que apenas rebasa el millón de habitantes, se publican ocho diarios matutinos y diez vespertinos. Pese a que la mayoría se declaran independientes, todos demuestran a diario sus predilecciones políticas, y casi la mitad son portavoces y órganos oficiales, y hasta oficiosos, de partidos políticos y organizaciones sindicales de todo tipo. Dos de estos periódicos sobrepasan ampliamente los doscientos mil ejemplares de venta diaria; otras publicaciones superan los cien mil, y la mayoría oscila entre los cuarenta y sesenta mil ejemplares. Sus colaboradores son escritores y críticos de bien ganada fama. Así, en la prensa madrileña escriben los supervivientes de la Generación del 98, *Azorín*, Baroja, Maeztu, Valle-Inclán, Unamuno y Machado. Junto a ellos, los miembros de la Generación del 14, Ortega, Azaña, Marañón, Pérez de Ayala, Araquistáin..., y Américo Castro, primer embajador de la República en Berlín.

El teatro también llega a cimas nunca alcanzadas. El 1 de junio de 1931, se estrena *Fermín Galán*, de Alberti. Margarita Xirgu es la madre del héroe republicano, y Fermín Galán lo in-

terpreta Pedro López Lagar, joven actor de creciente prestigio. Como escribiera Manuel Aznar Soler:

> Las nuevas condiciones de dignidad política que la proclamación de la segunda República vino a implicar, determinaron una nueva actitud posibilista de Valle-Inclán ante el estreno de su dramaturgia. El 14 de abril de 1931 trajo aquella libertad deseada por el autor y éste volvía de nuevo a la acción política y escénica.

Así, el 16 de noviembre de 1933, con decorados de Castelao y dirigida por C. Rivas Cherif, se estrenó en el Teatro Español *Divinas palabras*. Otro estreno sonado fue la adaptación teatral de la famosa novela de Ramón Pérez de Ayala AMDG *(Ad Mayorem Dei Gloriam)*, subtitulada *La vida en un colegio de jesuitas*.

No menos intensa fue la actividad cinematográfica. El cine sonoro y la República nacieron juntos, y los madrileños vivieron apasionadamente estos dos acontecimientos. Los llamados cine clubs se propagaron por la ciudad, y en 1933 surgió el GECI (Grupo de Escritores Cinematográficos Independientes), que editó en 1936 los libros *Cita de ensueños*, de Benjamín Jarnés; *Luz del cinema*, de Rafael Gil, y *Arte de masas*, de Manuel Villegas López. Nació también la revista *Nuestro Cinema*, dirigida por Juan Piqueras, donde se defendía con gran entusiasmo el cine soviético, a la vez que impulsaba el cine revolucionario en España mediante la creación de productoras proletarias financiadas por colectivos obreros, tal cómo se hizo en Alemania antes de 1933. Así, el Cineclub Proletario del Sindicato de Banca y Bolsa de Madrid, produjo el film militante *El despertar bancario*.

En el terreno de la pintura, el Madrid republicano crea la hoy mítica Escuela de Vallecas. Nacida del encuentro del escultor Alberto con el pintor Benjamín Palencia, artistas que podrían definirse por una cierta fidelidad a las raíces de lo español, en contraposición con los que se van a París. Estos dos artistas recorren los alrededores de Madrid en largas caminatas. A ellos se les unen los también pintores Caneja, Maruja Mallo y Luis Castellanos, y los poetas Luis Felipe Vivanco, José Herrera Petere y hasta Alberti y el propio Lorca. En el cerro denominado Artesa (al que estos artistas llamaron «Cerro Testigo», porque desde allí pensaban ver alborear el nuevo arte español), levantaron especies de esculturas en honor de diversas personalidades españolas, a la vez que sentaban las bases de una escuela artística, a la que llamaron de Vallecas. El poeta Herrera Petere la cantó así:

> Hacia Madrid se abre desnuda maravilla
> sin Dios, árbol ni nube: la pureza: Castilla;
> que desata en los campos la distancia amarilla
> y agranda en lontananza la parda torrecilla.
> Hablaba de Vallecas con sus campos baldíos.
> Y de un «Cerro Testigo» de mil recuerdos míos,
> de trenes en desierto de llanos labrantíos,
> donde los hombres abren sus pechos a los fríos.

El 18 de julio se llevó también esta escuela españolísima. Alberto Sánchez se fue al exilio, y la escuela, como tantas otras cosas, despareció. Después de la guerra, Benjamín Palencia volvió a reunirse allí con gente más joven, y tanto Caneja como Maruja Mallo se olvidaron de sus reu-

niones en aquel cerro pelado que miraba al inmenso mar de Castilla. No obstante, ha quedado como una de las míticas escuelas pictóricas españolas de este siglo y tuvo su apogeo y gloria en aquel, ¡ay!, ya irrepetible Madrid republicano.

Adiós, Madrid republicano. ¡Adiós!

El triunfo del Frente Popular dio paso –como no podía ser menos– a las manifestaciones mas eufóricas. Se pide el excarcelamiento de los presos de 1934 (Revolución de Asturias). La derrota de las derechas, fruto de la vaguedad de su programa, así como la endeblez de su unión, produjo en sus filas una amarga decepción y una exaltación de los más intransigentes. Por ello, muy pronto, las calles de Madrid serían escenario de enfrentamientos y asesinatos. Víctimas de esta violencia poselectoral fueron el socialista Malumbres, el falangista Cuéllar, el policía Gisbert (en el fallido atentado contra el profesor Jiménez de Asúa), el tradicionalista Olano, el magistrado Pedregal y un largo etcétera. El Gobierno, presidido por Casares Quiroga, al ser promovido Azaña a la presidencia de la República, significaba el intento de un republicanismo burgués moderado, forzado por el maximalismo de las gentes socialistas de Largo Caballero, por el siempre bronco anarquismo ibérico, que había declarado la guerra a todo poder burgués, y por la también siempre intransigente extrema derecha española, que buscaba el momento de atacar violentamente al Gobierno nacido de las urnas. En medio de esta atmósfera tumultuosa, no dejaron de oírse voces sensatas que pedían, como Miguel Maura, una dictadura republicana, o como la de Indalecio Prieto, que clamaba contra la «sangría del desorden». Existieron intentos de formar un Gobierno nacional que abarcase desde socialistas moderados, como Besteiro, hasta democristianos progresistas, como Jiménez de Asúa, y republicanos como Sánchez Albornoz, Maura y Sánchez Román. Pero todo fue imposible ante los extremistas de derecha, y también grupos de izquierda, y su voluntad de salirse de la legalidad y enterrar todo vestigio liberal y democrático.

Entre estas luchas callejeras y augurios funestos, la vida madrileña seguía su curso vital y cultural, que podríamos llamar apasionante. El mundo de las letras estaba de luto y conmovido por la muerte de Valle-Inclán. Nunca más «el señor de las barbas de chivo» pasearía su impar silueta por los vericuetos del callejón del Gato. Era el primero de la Generación del 98 que se nos iba. Unamuno, entre tanto, barruntaba ya desde Salamanca la tragedia cainita que se avecinaba, tema de alguna de sus novelas y vivida ya en su infancia en Bilbao. Ortega diagnosticaba el doloroso destino de una España sumergida en la brutalidad de los intransigentes. Antonio Machado daba su último curso en el Instituto Calderón de la Barca y recogía en volumen las «sentencias, donaires, apuntes y recuerdos» de su heterónimo Juan de Mairena.

Las novedades editoriales de aquel último (hasta ahora) Madrid republicano se llamaban *El Conde duque de Olivares*, de Marañón; *Viviana y Merlín*, de Benjamín Jarnés; *Disparadero español*, de Bergamín, y una novela racial, que sería Premio Nacional de Literatura y que confirmaba a un gran escritor, Ramón J. Sender, que se convertiría en el mejor novelista del inminente exilio republicano, *Mr. Witt en el Cantón*. Los poetas del 27 se reunieron el 19 de abril para festejar la aparición de *La realidad y el deseo*. A los postres Federico García Lorca dedicaría al libro y al poeta, Luis Cernuda, unas delicadas y poéticas frases. Quizá aquélla sería una de las últimas ocasiones en que aquella gran generación, perseguida por la dispersión y la muerte, se reuniría. Lorca estaba entonces dando cima a su tragedia *La casa de Bernarda Alba*, que leería el 24 de junio en casa de los condes de Yebes.

El Madrid intelectual se había congregado el 29 de abril en el Teatro de la Comedia para escuchar a María Anderson. El momento cultural era magnífico. Lenormand, Cassou y Malraux visitan Madrid, y este último disertará en el Ateneo sobre el movimiento universal en defensa de la cultura amenazada por el fascismo. El 24 de mayo ingresa en la Academia de la Historia el doctor Marañón, y dejan oír su primeras voces Francisco Ayala, José Antonio Maravall, Xavier Zubiri, Max Aub, María Zambrano y Eugenio Imaz, que vienen de los grandes focos culturales del momento, *Cruz y Raya* y *Revista de Occidente*.

El teatro registra el éxito rotundo de *Nuestra Natacha*, del asturiano ligado a las Misiones Pedagógicas, Alejandro Casona. Madrid se ríe con Jardiel Poncela, y el teatro europeo está representado por *Asia*, de Lenormand, que interpreta en el Español Ana Ademuz. En el género frívolo, tan en auge durante los años republicanos, se cuenta con Celia Gámez, Laura Pinillos, Perlita Greco y Amparito Taberner, y una *vedette* mexicana, afincada en Barcelona, que se exhibía casi completamente desnuda ante el público de Madrid. Los madrileños aliviaban tanta tensión política con películas como *Rebelión a bordo*, *Tiempos modernos*, *La melodía de Broadway* y *Una noche en la ópera*. El cine patrio triunfaba con *Morena Clara*. Y se vive apasionadamente la canción andaluza, cuyo imparable galope se había iniciado el año anterior con *Mi jaca*. Angelillo, Imperio Argentina y Estrellita Castro eran ídolos populares. La vida nocturna, siempre más golfa, se vivía en los *music-hall* abiertos al desnudo y la procacidad; los cabarets, con descorche y *dancing*, y donde las curiosamente llamadas *taxi-girls* enseñaban a bailar a los provincianos que acudían a aquel atractivo Madrid, que daba sus últimos estertores. Aquel año, 1936, se celebraron festivamente los carnavales, que serían los últimos durante muchos años.

A pesar del quebranto económico y de las huelgas y cierres patronales, la vida en aquel Madrid era aún fácil y barata. Se podía comer en *Lhardy* o en el *Bufet italiano* por menos de diez pesetas. Eran tiempos en que un sueldo de trescientas pesetas daba para vivir. Un piso costaba diez duros, un traje ochenta pesetas y la cesta de la compra podía llenarse por cuatro pesetas diarias. El pan estaba a sesenta céntimos el kilo y las patatas a treinta... Esto venía a demostrar, frente a las tesis de los al poco sublevados, que el problema no era económico, sino político, y que los oligarcas se rasgaban las vestiduras ante el más tímido y leve recorte de sus privilegios.

El 18 de julio de 1936 se llevaría, con su irracional violencia, aquel Madrid nacido un 14 de abril de 1931. Un Madrid que siempre supo estar a la altura de las circunstancias y que daría lugar a otro Madrid heroico, que supo resistir el asalto, el hambre y los bombardeos indiscriminados durante los tres años en la más cruel de las guerras que haya podido sufrir ciudad alguna. Pero se trata ya de otro Madrid, el Madrid de la guerra o el Madrid del «no pasarán».